

REFLEXIONES COVID-19

LA MIRADA DE LAS FACULTADES

Psicología



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

POR CARMELO VÁZQUEZ

DEPARTAMENTO DE PERSONALIDAD, EVALUACIÓN Y PSICOLOGÍA CLÍNICA

TRIBUNA COMPLUTENSE

GABINETE DE COMUNICACIÓN

FUTUROS NO ESCRITOS

La crisis del COVID19 ha impactado en líneas de flotación sutiles de nuestras vidas. Estamos viviendo un formidable duelo colectivo que a veces, muy desgraciadamente, puede tener que ver con pérdidas humanas y materiales. En otras ocasiones, y de modo quizás más extendido, ese duelo tiene que ver con pérdidas más simbólicas. Una de esas pérdidas más intangibles tiene que ver con nuestra vivencia del tiempo que, el COVID19, parece haber trasladado a una especie de no-lugar. Eso que Zygmunt Bauman definió, en su Modernidad líquida, como “un espacio despojado de las expresiones simbólicas de la identidad, las relaciones y la historia: los ejemplos incluyen aeropuertos, autopistas, autónomos cuartos de hotel, el transporte público”. Siguiendo esa analogía de los no-lugares, en la dimensión de la vivencia del tiempo el COVID19 nos ha instalado en una especie de no-tiempo: una vida en un presente continuo, de supervivientes del día a día, afanados en salvarnos del naufragio sin apenas poder vislumbrar el horizonte. El presente lo absorbe todo. El pasado es algo que contemplamos con nostalgia idealizado. Por otro lado, lo que está por venir es incierto y los viajes mentales para dibujar futuros posibles son de vuelo rasante. Así que, como preámbulo, tendremos que reconocer que el COVID19 está teniendo efectos psicológicos poderosos, y en cierto modo invisibles, sobre nuestros esquemas mentales y nuestro enraizamiento más profundo en la realidad.

Tribuna Complutense nos pide imaginar y dibujar el futuro. Y no es fácil, pero haremos el ejercicio. ¿Qué efectos puede tener esta crisis mundial en nuestra institución? La universidad nunca ha sido ajena a las oportunidades y convulsiones de cada momento histórico. Es un tejido muy sensible que siempre reacciona a las contingencias históricas, aunque a veces lo haga con efectos retardados debido a sus propias inercias. Por ejemplo, la crisis financiera de 2008 tuvo un efecto negativo en parámetros como la productividad científica y el número de investigadores en el país, que solo emergieron unos años después. Es posible que algunos efectos negativos de la actual pandemia puedan ser visibles de modo inmediato, pero otros tarden más en aparecer. Y también hay efectos positivos, que pueden ser inmediatos, demostrando capacidades de respuesta del sistema a veces insospechadas.

En el caso de la Facultad de Psicología, la puesta en marcha de un servicio de asistencia psicológico para toda la comunidad universitaria (dentro del sistema Psicall), o la contribución de miembros de la Facultad a la creación del servicio de asistencia nacional online del Ministerio de Sanidad, son buenos ejemplos de esta respuesta eficaz de emergencia que somos capaces de dar.

A diferencia de otros traumas colectivos recientes, la amenaza del SARS-COV2 puede subvertir el funcionamiento de instituciones, de comportamientos individuales enraizados, e incluso de nuestra comprensión del mundo. El nuevo orden mundial va a enfrentarse a escenarios en los que habrá dos fuentes muy relevantes de tensión y entre todos ellos, por lo que pueda afectarnos, destacaría dos: la pugna entre lo público y lo privado, y entre la globalización y el nacionalismo.

La tensión entre lo público y privado, o mejor, la revaloración de lo público y comunitario, será un campo de batalla ideológico y de tensión política y social de primer orden. Y afectará a la universidad. En esta crisis ha quedado demostrado que solo centros con una masa crítica de investigadores y sanitarios, y un capital intelectual sólido, pueden ofrecer respuestas ágiles y creíbles. Y esto, en nuestro país, recae principalmente en las universidades y centros de investigación y asistencia públicos. Veremos florecer, como ya hemos visto en las semanas siguientes al estado de alarma, ofertas de enseñanza de centros privados, de dudoso peso específico, pero que intentarán ocupar lugares que no hemos de abandonar y tendremos que, en algunos casos, aprender a colonizar pensando en la construcción de una sociedad más cohesionada. Habrá que apostar por incrementar el atractivo de nuestra oferta educativas, estar atentos a las necesidades de formación de la ciudadanía, adaptarnos con flexibilidad a nuevos escenarios laborales y académicos, y a emplear los mejores estándares de calidad y de servicio público que seamos capaces de hacer con honestidad y con la convicción de que así defendemos el bien común. De otro modo, dejaremos un resquicio del que intentarán sacar beneficio quienes ven en el conocimiento (y la salud, ya que estamos) una fuente de negocio.

El segundo eje de tensión (globalización-nacionalismo), también nos afectará de lleno. La esencia del conocimiento es su universalidad (no es necesario recordar la etimología de nuestra institución académica). La vuelta a los controles de fronteras, el rediseño de las políticas económicas para reducir

la dependencia del exterior, y la protección a los mercados laborales de cada país, pueden convertirse en un obstáculo adicional para sostener el tejido del conocimiento y del crecimiento personal e institucional. Los intercambios con instituciones extranjeras, las estancias temporales de nuestros becarios e investigadores en centros de referencia, o el mantenimiento de los programas Erasmus, son elementos muy vulnerables de los recortes de la globalización. Esperemos que estas cortapisas de movilidad sean temporales en el ámbito de la ciencia. Pero habrá que tomar medidas ágiles para reconstruir las oportunidades ya perdidas y para ofrecer alternativas eficaces e imaginativas que no perjudiquen la internacionalización de nuestras universidades ni el reconocimiento de méritos y las oportunidades de crecimiento a nuestros investigadores, en especial los más jóvenes.

¿Qué futuro nos espera individual y colectivamente? Saber que no tenemos una respuesta es posiblemente la respuesta. No hay ningún guion prefijado, aunque la carta de navegación augura el paso por travesías de mucho riesgo. Pero, en el ámbito de la investigación psicológica, sabemos que el crecimiento individual y colectivo tras el trauma es una respuesta posible y no infrecuente. Está en nuestras manos, trabajando con la convicción de que a la universidad le incumbe la tarea de asumir el liderazgo del conocimiento y la captación del talento, poder salir fortalecidos de la crisis. Esta es una ocasión única para aprovecharla.